

ras y espontáneas entre pueblos y condados para defender la causa comun. Por primer paso pedian y recibian del parlamento ó del rey un despacho para sus jefes, y poderes para levantar tropas, imponer contribuciones, y tomar todas las medidas que juzgasen necesarias al intento. Operaban en seguida aisladamente y á su placer, salvo dar alguna vez cuenta de su situacion y de sus actos al poder que reconocian pidiendo socorros ó instrucciones. A falta de tales confederaciones locales, acontecia que algunos hombres acreditados se metian por su cuenta á guerrilleros. En otros puntos, si momentáneamente dominaban disposiciones pacíficas, se manifestaban estas con no menor independenciam: en los condados de York y de Chester, ambos partidos se juzgaron casi iguales en fuerzas y mas capaces de dañarse que de vencerse, y concluyeron oficialmente un tratado de neutralidad.

Casi al propio tiempo, al extremo opuesto de la Inglaterra, los condados de Devon y de Cornouailles se juraban por medio de comisionados permanecer en paz, sin tomar parte en el combate del rey y del parlamento. Ambos poderes sintieron semejante determinacion, y aun los mismos que firmaban tales pactos confiaron demasiado en su indiferencia; pues no tardaron en recurrir á las armas para defender sus propias opiniones. En los condados del Este, del centro y del Sudeste, mas poblados y mas ricos, dominaban los parlamentarios; en los de Norte, del Oeste y del Sudeste, la ventaja era del rey, porque la propiedad territorial estaba menos dividida, la industria era menos activa, la nobleza mas influyente, y la religion católica mas dominante. Pero en ningun punto habia un vencedor reconocido; solo el parlamento tenia la ventaja de que los condados que le eran adictos formaban alrededor de Lóndres un fuerte antemural, mientras los realistas eran menos compactos y relacionados, pudiendo rara vez obrar de concierto, y ni aun defender á Oxford, cuartel general de Carlos, plaza situada casi aisladamente en país enemigo.

Una guerra tal en medio del invierno, y permaneciendo inactivos los dos ejércitos principales, no podia producir resultados prontos y decisivos. Todo eran correrías, ocupaciones de puntos, escaramuzas y pequeñas ventajas que se compensaban mutuamente. Se aguerria el ciudadano, mas no por esto era mas soldado. Algunos jefes empezaban á distinguirse por su valor, su habilidad ó su fortuna; pero ninguno gozaba todavia de una reputacion nacional. Por otra parte, á pesar del ardor de las pasiones, seguian siendo generosas y dulces las costumbres. Aunque se contase por

poco con la aristocracia, y se tuviese en mucho la cámara popular, sin embargo el país se habia levantado solo contra la tiranía: las distintas clases de la sociedad no intentaban oprimirse mutuamente. Ambos partidos habian confiado los mandos á hombres de condicion casi igual, educados en las mismas costumbres, y capaces de comprenderse y respetarse combatiendo.

Licenciosos y arrojados los caballeros, no por esto podian ser tachados de feroces; el mismo pueblo presbiteriano, en medio de su intratable fanatismo, conservaba un respeto á las leyes y á la humanidad de que nos dan pocos ejemplos las discordias civiles. Los deudos, los vecinos ó los amigos, alistados en contrarias filas, no rompian á pesar de eso absolutamente sus relaciones y se ayudaban en caso necesario; si se encontraban con las armas en la mano, se trataban cortesmente, como quien espera volver á reanimar la amistad. Regularmente se soltaba á los prisioneros bajo la simple palabra de no contraer nuevo empeño: y si se les habia dejado en miserable situacion de desnudez, si el rey los veia desfilar delante de sí con aire de fria indiferencia, lo tomaban todos á grave cargo; la brutalidad, muchas veces cruel, del príncipe Roberto causaba tanta sorpresa y escándalo, que la misma muchedumbre hablaba de él con aversion y horror como de un torpe extranjero. De este modo la guerra, animada en todas partes, era sin embargo exenta de esos furoros que la constituyen bárbara. Ambos partidos se entregaban á ella con franqueza, y como si temiesen darse golpes demasiado duros: diariamente se ensayaban en refriegas por todo el reino, y sin embargo la inaccion era la misma, y el rey y el parlamento perdian el tiempo en pequeños debates é inútiles negociaciones.

Sin embargo, la llegada de la reina á mediados de febrero dió impulso á los negocios. Durante su permanencia de mas de un año en Holanda, habia dado muestras de una actividad poco comun en procurarse socorros. El partido aristocrático dominaba entonces en aquel país, y su yerno el Estatúder, la secundaba con todo su poder. Confiada y osada cuando no turbaba su imaginacion un peligro inminente, graciosa y seductora cuando le convenia, supo grangearse el favor de ese pueblo republicano y reservado. En vano el parlamento envió á la Haya un embajador para mencionar los servicios que la nacion inglesa habia prestado á la libertad de las Provincias-Unidas, y para reclamar cuando menos una exacta neutralidad. El enviado esperó por mucho tiempo una audiencia, y solo obtuvo declaraciones equívocas; el pueblo le dió claras

pruebas de encono, y la reina continuó los preparativos para su partida. Dieron la vela en pos de ella cuatro buques cargados de municiones, armas, oficiales y soldados; el almirante Batten, á quien el parlamento habia mandado que interceptase el convoy, no lo alcanzó hasta que desembarcaba ya en Burlington. Batten disparó muchos cañonazos contra la plaza, algunas balas cayeron hasta en el aposento mismo donde dormia la reina. Levantóse y huyó apresuradamente al campo, y dicen que permaneció muchas horas oculta debajo de un banco. Pronto no se habló de otra cosa en la comarca que de su valor y sus peligros; lord Newcastle vino en su busca con un cuerpo de tropas para conducirla á York; la rodeaban los gentil-hombres con entusiasmo, indignándose contra el traidor Batten que dirigió á sabiendas los tiros contra la casa que ella habitaba; los católicos corrian á servir bajo sus órdenes, en vano esta infraccion de las leyes del reino fue vivamente denunciada al rey y al parlamento; en vano para intimidar á Newcastle dieron á las tropas el nombre de *ejército de papistas y de la reina*; autorizado formalmente el lord por el mismo rey, despreció estas quejas y guardó sus nuevos reclutas. No tardó en verse al frente de fuerzas considerables.

La reina continuaba residiendo en York, dándose menos priesa por ir en busca de su marido, que por ejercer sola el mando y presidir á todos los proyectos que ya se agitaban en su córte. Hamilton y Montrose vinieron de Escocia para tratar de los medios de empeñar á este reino en la causa real; el primero, siempre conciliador y prudente, sostenia que á pesar de la influencia contraria del marques de Argile era posible ganarse el parlamento escocés; el segundo, presuntuoso y osado queria que desembarcase en Escocia un cuerpo de irlandeses mandados por el conde de Antrimde, señor poderoso del Norte de Irlanda, que habia venido á York para ofrecer sus servicios. Además aconsejaba un levantamiento de los montañeses y la matanza de todos los jefes presbiterianos, ofreciéndose como ejecutor. La reina los escuchaba á todos simpatizando secretamente con los mas osados, pero no manifestando desagrado á ninguno. Al propio tiempo tramaba intrigas mas complicadas con los jefes parlamentarios que empezaban ya á declinar de su entusiasmo; sir Hugo Chomondley, gobernador de Scarborough, que un mes antes habia batido un cuerpo de realistas, prometia ahora entregarle la plaza; el mismo sir John Hotham casi estaba ya decidido á abrir las puertas de Hull, que se habia negado á abrir al rey antes que estallase la guerra. En todo el Norte por fin estaban los realistas llenos de ardor y

de esperanza, mientras los parlamentarios, inquietos y recelosos, escribian sin cesar á Lóndres pidiendo consejos y socorros.

Turbóse el mismo parlamento; al comenzar la guerra se habia prometido un pronto resultado, pero lo crecido de los nuevos tributos escitaba ya murmullos, y aun en la misma cámara, no obstante la ausencia de los miembros amigos de la paz, salian cada dia numerosos partidarios de ella. No estaban rotas enteramente las negociaciones, y se propuso emprenderlas de nuevo, y licenciar en prueba de buena fé ambos ejércitos al empezarlas: sir Benjamin Rudyard apoyó la mocion. «Por mucho tiempo, dijo, he temido que circulase entre vosotros la copa del terror que tan agitada ha traído á la Europa, vedla aquí ya en toda su amargura: ¡Dios nos preserve de beberla hasta las heces!... Una esperanza nos queda, y es que nuestras miserias no pueden ser muy duraderas, porque nuestro suelo no es como el de Alemania donde siempre quedan campos para sembrar aun en medio del horror de la guerra. Rodeados de mar tenemos una situacion de todo punto diferente. Se ha dicho en esta cámara que debiamos en conciencia castigar la efusion de sangre inocente: pero, ¿quién responderá de toda la sangre inocente que se derrama si no nos encaminamos á la paz por medio de un pronto tratado? Se ha hablado de confianza en Dios: ciertamente que tanta confianza podemos poner en él tocante á un tratado como á una guerra. De él procede la sabiduría para negociar, como el denuedo para combatir, y la ventaja en las negociaciones como en las batallas. La sangre es un delito que clama venganza y mancha todo un pais: apresurémonos á dar fin á la efusion de sangre.» La mocion fue desechada, pero solo por una mayoría de tres votos: muchos eran los que repetian las palabras de Rudyart. Se estremecian los jefes de la cámara baja, viéndose asi instigados á solicitar una paz imposible ó en todo caso fatal. Sin embargo, cedieron, porque pocos estaban enardecidos hasta el punto de aceptar la responsabilidad de tantos males: asi fue que el 20 de marzo, despues de algunas negociaciones preliminares, partieron cinco comisionados para Oxford encargados de lograr una suspension de hostilidades, y despues un tratado.

Recibiólos atentamente el rey; el conde de Northumberland, presidente de la comision, dió muestras de la mayor magnificencia; llevó consigo su vajilla y sus domésticos; traíanle provisiones de Lóndres; pasaban á verle los realistas, y comían con él: hasta el rey se dignó aceptar de él para su mesa algunos presentes. Entre los compañeros del conde, simples

diputados de la cámara, no faltaban algunos á quienes agradaba este brillo. Pero, en cuanto se trató de negociar, fueron inútiles tan ostentosas demostraciones: ni el rey ni el parlamento podían aceptar sus mútuas condiciones, puesto que ya antes de la guerra habían sido desechadas, por dejar solo á un partido dueño del campo y dominante.

Cierta tarde, se lisongearon los parlamentarios de que al fin habían obtenido del rey alguna concesion tocante á la milicia: despues de una larga conferencia pareció que cedia y convinieron en que al dia siguiente se les daría por escrito la respuesta. Grande fue la sorpresa al ver que era diferente de lo que esperaban y finalmente supieron que Cárlos en ausencia de sus ministros habia mudado de parecer por influencia de los favoritos de la reina. «Si al menos el rey, dijo uno de los comisionados, quisiese mostrarse benévolo con algunos magnates parlamentarios, la influencia de estos le serviría.» Pero Cárlos, arrogante con sus cortesanos como con su pueblo, sufría apenas que le hablasen de restituir al conde de Northumberland el honor de gran almirante; de modo que las intrigas sobre intereses personales fueron enteramente vanas. El rey, ni más ni menos que los jefes de la cámara, no estaban por la paz, habia prometido á la reina que no la haría sin su consentimiento, y ella le escribía desde York indignada de que se hubiesen entablado negociaciones, y declarando que abandonaría la Inglaterra si no obtenía oficialmente una guardia para su seguridad. Una peticion de los oficiales que estaban de guarnicion en Oxford, provocada secretamente por el mismo Cárlos, se opuso á la suspension de hostilidades. En vano algunos de los comisionados se esforzaron en darle espanto con el porvenir; en vano tambien propusieron su mediacion otros comisionados venidos de Escocia para solicitar la convocacion de un parlamento: lo desoyó como una injuria, les prohibió que se mezclasen en negocios de la Inglaterra, y dió en fin por respuesta á los negociadores la promesa de volver á residir cerca del parlamento si este queria trasportar su residencia á veinte millas cuando menos de Lóndres. Sabido este mensaje, llamaron las cámaras á sus comisionados, con órden tan perentoria, que se creyeron obligados á partir el mismo dia, aunque era ya tarde y no estaban dispuestos sus coches.

Su conducta en Oxford, y sobre todo sus relaciones familiares con el rey y con la córte, habian inspirado suma desconfianza á los partidarios de la guerra. Lord Northumberland al regresar supo que una de las cartas que escribía á su mujer habia sido abierta por Enrique Martyn, miembro de la junta de seguridad, conocido solo por sus violentas ideas,

y por su fuga de Reading al acercarse los realistas. Ningun magnate era más idólatra de su dignidad que el conde, ni habia otro que más acostumbrado estuviera á la deferencia de sus conciudadanos. Fué en busca de Martyn, y le pidió cuenta de tal ultraje, y como aquel con tono burlesco sostuviese haber obrado bien, le sacudió el conde con su baston delante de muchos testigos. Llevada la querrela á las cámaras, se ocuparon de ella con algunas dificultades la popular y con orgullo la de los lores: se habia llegado á un punto, que todo fomentaba las disensionés, y nadie sin embargo queria que estallasen. Adelantábase la primavera, y bien se desease ó se temiese la paz, se debia con todo atender á la guerra. El mismo dia que volvieron á Lóndres los comisionados, Essex abrió de nuevo la campaña. Aconsejábale Hampden que cayese repentinamente sobre Oxford para sitiar al rey y apoderarse de su persona. Este plan se temió en Oxford mismo, de modo que se trató de pasar al Norte á reunirse con la reina y lord Newcastle. Pero Essex, desconfiando todavia de sus fuerzas, ó inquieto por el resultado, siguió entre aquella ciudad y Londres, contentándose con sitiar á Reading, plaza indispensable á su parecer para la seguridad del parlamento.

Reading se rindió en diez dias; Hampden insistió en pedir el sitio de Oxford, pero se negó tambien Essex. No le impelia ciertamente la traicion ni el miedo, pero hacia disgustadamente la guerra, y no contaba ya con la popularidad suficiente para dejar sus previsiones á un lado. Aun antes que se abriese esta campaña se habia manifestado en la cámara baja algun encono contra él, sobre todo en la junta de seguridad, verdadero foco de partido. Los más osados habian preguntado si seria posible reemplazarle, y hasta dicen que se habia pronunciado el nombre de Hampden. Este era demasiado prudente para dar cabida á la idea sola de un poder á que no se consideraba llamado: de todos modos, solo como simple coronel habia servido bajo las órdenes de Essex. Otros habia que desde el origen de la guerra, durante el invierno sobre todo, habian adquirido una gloria más independiente. En el Norte, Fairfax y su padre, á pesar de la superioridad de lord Newcastle, le disputaban todos los dias con la mayor osadía la dominacion del país. A la cabeza de las confederaciones de los condados del Este, no habia ciertamente lord Manchester tenido que combatir numerosas bandas realistas, pero habia procurado grandes socorros á los parlamentarios del Norte y del centro: estaban prontas á seguirle milicias bien organizadas, y le hacian apreciar de aquellos habitantes sus modales, su franqueza, su liberalidad y su dul-

zura. En los condados; famoso ya el coronel Cromwell por sus golpes de mano tan felices como bien concebidos, ejercía por otra parte sobre los hombres resueltos de exaltada piedad y de condicion acomodada á la vez y obscura, una influencia tras de la que asomaba un grande genio y poder. Al Sur y al Oeste en fin, muchos cuerpos realistas dispersados, y siete plazas ganadas en tres meses, habian valido á sir William Waller el renombre de Guillermo el conquistador. No le faltan pues, se decia, al parlamento generales insignes; y si lord Essex rehusaba vencer, fácilmente se le podria dar un sucesor.

Ninguna proposicion, ninguna insinuacion pública vino en apoyo de tan amargos discursos. No podia ser Essex considerado un simple oficial al servicio de un partido descontento; con él estaban íntimamente enlazados los magnates empeñados en la guerra, los hombres moderados que deseaban la paz, y los mas ilustrados presbiterianos que ya empezaban á temer de otros sectarios mas osados. El mismo Hampden y los jefes del partido político, si bien instaban al conde á que operase con mas vigor, no por esto intentaban separarse de él. Por lo tanto no estalló la discordia; pero sin embargo, aunque oculta, empezó á dominar, y Essex no tardó en sentir su influencia. Los que debian contemporizar con él, casi le hacian ya la guerra, y sus defensores creian haber hecho bastante con sostenerle, y no secundaban sus proyectos. Al cabo de un mes tuvo que quejarse del mal estado de su ejército; sueldo, víveres y vestuario, todo le faltaba: los padecimientos y las enfermedades diezaban á los soldados, en otro tiempo tan bien cuidados por la capital. Daba cuenta de sus necesidades á las distintas juntas encargadas de remediarlas; pero todas las medidas ejecutivas habian sido encargadas á sus contrarios, de cuya eleccion eran tambien los empleados subalternos, y por lo mismo quedaban sin efecto todas las reclamaciones del general. Nada parecia mudado al empezar la segunda campaña, y sin embargo, el partido que habia quitado el poder al monarca, sentia ya que se le escapaba de entre sus manos: otro partido nuevo, que aun permanecia envuelto en el silencio, era bastante fuerte para reducir á la impotencia á todo el ejército del parlamento, y bastante exaltado para arriesgarlo todo, dando esta ventaja al comun enemigo.

Al propio tiempo nuevas pasiones engendraban por decirlo así un nuevo ejército. En las escaramuzas, que á pesar de las lentas negociaciones de Oxford y Lóndres se renovaban diariamente, habian llevado siempre la peor parte los parlamentarios desde la accion de Brentford. La

caballería real sobre todo llenaba á la contraria de espanto, y esta arma era tenida en mucho, como en los tiempos feudales. Hampden y Cromwell, conversaban un dia sobre esta inferioridad de su partido: «¿Qué quereis que sea? dijo Cromwell, la mayor parte de vuestros ginetes son gente comun, cuando los suyos son cadetes é hijos de gente distinguida; ¿Creeis que esos hombres de baja esfera sean capaces de hacer frente á aquellos nobles llenos de energía y honor? Sé que no tomareis á mal lo que os digo: es preciso buscar hombres animados de un espíritu capaz de seguir la senda de los nobles; de otro modo saldreis arrollados.—Teneis razon, dijo Hampden; pero esto no es posible.—Algo puedo adelantar en esto, y lo haré buscando hombres que tengan á la vista un temor de Dios y una conciencia; os respondo que no saldrán vencidos.»

Recorrió en efecto los condados del Este, reclutando jóvenes, la mayor parte conocidos suyos propietarios ó hijos de tales, que no necesitaban sueldo ni deseaban la ociosidad, todos entusiastas fanáticos, empeñados por conciencia en la guerra, y que servian á Cromwell por confianza: «No os quiero engañar, les dijo, ni daros á entender que vais á combatir por el rey y el parlamento como lo cacarea el despacho que se me ha conferido; si el rey se encontrase delante de mí, le dispararia como á cualquier otro: si vuestra conciencia no os permite hacer otro tanto, retiraos de mi servicio.» La mayor parte aceptaban sin vacilar; quedando desde aquel punto sometidos á la mas exacta disciplina, y teniendo que cuidar bien sus caballos, limpiar esmeradamente sus armas, y dormir muchas veces al sereno. Su jefe queria que de los ejercicios militares pasasen á los piadosos; para que la exaltacion del fanatismo se hermanase en su mente con la severidad del servicio militar. Al abrirse la campaña, marchaban bajo las órdenes de Cromwell catorce escuadrones de tales voluntarios, que formaban en masa un cuerpo de cerca mil hombres.

Transcurrió un mes casi sin ningun accidente. La toma de Reading, de tan poco efecto en Lóndres, lo causó grande en Oxford, donde deliberó el rey sobre su fuga. Turbado el parlamento con sus disensiones se ocupaba de ellas mas que de sus enemigos. Unas veces procuraba dar alguna satisfaccion á todos sus parciales, exaltados ó moderados, políticos ó religiosos; otras veces quedaban sin efecto y como abandonadas de comun acuerdo resoluciones decisivas y costosamente alcanzadas por algun partido. Desde mucho tiempo atrás venian reclamando los presbiterianos, y ya se les habia prometido una asamblea de teólogos para re-

formar la iglesia : se convocó en efecto ; pero el parlamento nombró los ciento veinte y un miembros de que habia de componerse, y además les agregó con honores de presidencia treinta personas legas, á saber, diez lores y veinte miembros de la cámara baja. Entre los eclesiásticos habia muchos de opiniones encontradas ; y el todo de la asamblea, tan desprovisto de autoridad como de independencia, solo tuvo por mision dar consejos acerca de las cuestiones que alguna de las cámaras ó las dos tuviesen á bien someter á su exámen. Intentóse una acusacion de alta traicion contra la reina, y nadie se opuso ; pero en cuanto la hubo pasado Pym á la cámara alta, ya no se habló mas de ella. La falta del gran sello embarazaba todos los dias la administracion de la justicia, y muchos negocios públicos y privados. Para poner fin á tales inconvenientes, y sobre todo para apropiarse todos los atributos legales de la soberanía, mandó la cámara baja que se dispusiese un nuevo sello : pero los lores se opusieron temiendo mas sin duda usurpar las señales del poder soberano que ejercerlo sin este requisito : los de la cámara baja juzgaron prudente sofocar la instancia. Algunas veces los partidos, votando juntos con intenciones distintas constituian una falsa y estéril unanimidad ; otras siendo iguales en fuerzas, se reducian recíprocamente á la impotencia, y parecian esperar que un acontecimiento exterior los obligara á unirse ó á separarse para siempre.

El 31 de mayo, día de ayuno, ambas cámaras asistian al sermón en la iglesia de Santa Margarita en Westminster ; entregan un billete á Pym, y este se levanta ; empéñase en voz baja una conversacion animada en torno suyo, y sin aguardar á que concluya la plática, sale precipitadamente con sus principales cólegas, dejando á los circunstantes en una turbacion igual á su ignorancia y á su curiosidad.

Concluido el sermón se reunieron las cámaras, y el público supo que acababa de descubrirse una gran conspiracion en que se decia que habian tomado parte muchos lores, muchos ciudadanos y algunos miembros de la cámara baja : se proponian armar á los realistas, apoderarse de la torre, de los almacenes y principales puntos, arrestar á los jefes del parlamento, é introducir por fin en Lóndres las tropas de Carlos. Aquel mismo día 31 era el señalado para la ejecucion. Por lo demás, todo iba á descubrirse muy en breve pues acababa de nombrarse una junta para el efecto y se hablaba ya de la prision de muchas personas.

Fueron en efecto reducidos á prision muchos individuos durante la noche y el día siguiente, Waller, miembro de la cámara baja y poeta

célebre, Tompkins, su cuñado, y en otro tiempo doméstico de la reina, Challoner, rico ciudadano, y otros, no pocos sufrieron la misma suerte. En los interrogatorios confesaron, mas ó menos detalladamente, una conspiracion muy real, si bien todos los conjurados no sabian enteramente los planes que se querian llevar á efecto. Unos anhelaban solo negarse al pago de las contribuciones para obligar al parlamento á que recurriese á la paz ; otros querian presentar á las cámaras gran número de peticiones pacíficas ; algunos habian asistido simplemente á varias reuniones ó concurrido á la formacion de listas en que se anotaban los nombres de todos los ciudadanos conocidos, distribuyéndolos en tres clases los *prudentes*, los *moderados* y los *enemigos*. Pero al través de tantos actos de desigual importancia y de distintos motivos, se habia ido agravando cada día mas la conspiracion. Recordóse entonces que unos tres meses antes, en una de las negociaciones tantas veces emprendidas, Waller era uno de los comisionados enviados á Oxford, y que el día de su presentacion al rey, viéndole este en último lugar, le recibió con gracia particular, diciéndole : «Waller, sin embargo de que sois el último, no por esto sois el peor ni el que menos aprecio.» Desde esta época habia manifestado continua correspondencia con Oxford, por medio de varios comerciantes realistas que habian huido de Lóndres para sustraerse á las persecuciones de las cámaras. Uno de ellos, nombrado Hall, moraba secretamente en Beaconsfield, con encargo de transmitir los mensajes ; lady Aubigni, á quien el parlamento habia permitido que pasase á Oxford para sus negocios, habia traído en un pequeño cofre una comision del rey, en que se autorizaba á algunos de los conjurados para buscar soldados y fondos en su nombre. Recientemente se habia dado á Hall el aviso de que «el gran buque se iba á echar al agua» es decir, que todo estaba pronto : Hall se lo comunicó á lord Falkland, que contestó : «Dense pues prisa, porque la guerra se hace cada día mas difícil de contener.»

Bastante era esto para conocimiento de los representantes del pueblo, pero pudieron adquirir todavía mas noticias. Sobrecogido Waller del temor de perder su vida, queria conservarla á toda costa : dinero, concesiones, denunciaciones, todo lo prodigaba, anhelando por adquirir protectores en todas las clases y suplicando á todos los fanáticos mas distinguidos que pasasen á escuchar su humilde arrepentimiento, dispuesto á exagerar la gravedad del complot, al modo que tal vez en Oxford habia tambien exagerado el número de conspiradores realistas. Los lores Portland y Conway habian recibido de él algunas confidencias ; poco tardó